

También el marqués advierte al rey que con tanta persecución y penas de muerte pronto quedará sin hombres para ser soldados.

Texto de Llorente

Calcular el número de víctimas de la Inquisición es lo mismo que demostrar prácticamente una de las causas más poderosas y eficaces de la despoblación de España...

(Tomo 4.º, pág. 183)

Texto de Víctor Hugo

Sire, au-dessus de vous le ciel va s'empourprant.
Ce sang de vos sujets, c'est à vous qu'on le prend.
Vous n'aurez bientôt plus de soldats pour la guerre.
(2.ª parte, acto 2.º, escena 2.ª)

Pero acaso lo más sensacional sea la descripción de un auto de fe. También ahora podría pensarse que Hugo ha exagerado intencionadamente el repulsivo y terrorífico espectáculo:

Texto de Llorente:

«La muerte de fuego que se hacía sufrir a tantos desgraciados fue origen de que el gobernador de Sevilla hiciera construir en el campo llamado de Tablada, un cadalso permanente de fábrica, que ha durado hasta nuestros días con el nombre de *El Quemadero*, poniendo en él cuatro grandes estatuas huecas de yeso, conocidas con el dictado de los *cuatro profetas*, dentro de los cuales metían vivos a los impenitentes para que muriesen a fuego lento.»⁸

Texto de Víctor Hugo

«Une salle de l'ancien palais maure à Seville. Ce palais avait vue sur la Tablada où était le *Quemadero*.»
Aujourd'hui même, ô roi, là, sous votre fenêtre
Le bûcher va flamber, monceau de feu, massif
De braise, où, sous les yeux du confesseur lascif
Des femmes se tordront d'après flammes vêtues.
Aux quatre coins seront droites quatre statues,
Quatre prophètes noirs dressés aux quatre vents,
Bâtis de pierre creuse et pleins d'hommes vivants.
On entendra rugir ces colosses farouches;
On verra frissonner le feu hors de leurs bouches;
Et rien ne restera debout que ces géants...
(2.ª parte, acto 2.º, escena, 2.ª)

En cuanto a la causa que motiva la desgracia de los infantes, nada es más tristemente verosímil. Los daños materiales, incluso no malintencionados o los meros indicios reales o imaginados de falta de respeto, de palabra o de obra, a un símbolo religioso eran delitos gravísimos y explican la decisión de Torquemada. De nuevo Hugo ha procurado utilizar como desencadenante del macabro desenlace una motivación repetida incontables veces en la vida de entonces⁹.

⁸ LLORENTE: *Op. cit.*, pág. 138. Este dato lo toma LLORENTE de Andrés Bernáldez, cura de los Palacios que en su *Historia de los Reyes Católicos*, cap. 44, dice así: «Aquellos primeros inquisidores hicieron hacer aquel quemadero en Tablada con aquellos cuatro profetas de yeso en que los quemaban y hasta que no haya herejía los quemarán». LLORENTE ha reproducido este texto en *La inquisición y los españoles*, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1967, pág. 75. Se daba el nombre de «impenitentes» a los que permanecían firmes en su actitud después de haberseles leído la sentencia; a los que se «arrepentían» y se sometían a la Iglesia, se les daba garrote antes de quemarlos.

⁹ La legislación antigua siempre fue muy severa en materia de sacrilegios. Para CHARLES GUIGNEBERT, «El cristianismo medieval y moderno», tomo II, pág. 17, *Breviarios del Fondo de Cultura Económica*, México, 1957, «las formidables afirmaciones de San Agustín sobre la necesidad de castigar los sacrilegios justifican por adelantado toda la intolerancia medieval y la Inquisición». Para JULIO CARO BAROJA, *Inquisición*,

Si nos detenemos ahora en los personajes, comprobamos que también tienen un valor simbólico. Los reyes, o más bien el rey —dado el escaso papel de la reina— cínico, desconfiado y astuto y, en definitiva, a merced de Torquemada, podría representar la sumisión de la realeza por superstición, miedo, conveniencia e interés político a la Iglesia. El marqués, personaje más complejo, de turbios antecedentes y dudosa conducta, pero en el que Víctor Hugo ha hecho rebrotar sentimientos mejores al resucitar en él el amor paternal —ya es bien sabido que el amor hacia los niños es una constante en la obra de Hugo— es el antagonista necesario que ponga en conocimiento del rey y de los espectadores la acción aniquiladora de Torquemada. Podría simbolizar, en cierto modo, la postura de oposición al Santo Oficio, tímida e ineficaz. Los infantes, jóvenes e inocentes enamorados, son la imagen de la alegría de vivir y de la generosidad. Simbolizan todo lo bueno de nuestra especie si la domina el amor, en contraste con todo lo malo que anida en ella si es presa de la corrupción, del ansia de poder y del fanatismo. Acaso uno de los personajes más logrados sea el del obispo que condena a Torquemada al *In Pace* ¹⁰. Breve intervención en la obra, pero magistral. Me refiero a ese tono suave, impasible, frío, al intimar a Torquemada para que se someta. A esa insistencia de apariencia afable y amistosa. A esas palabras untuosas, reposadas, que encubren una insensibilidad total y una crueldad sin límites. A esa alternancia de firmeza sádica y de benevolencia y dulzura hipócritas, práctica habitual de los señores del Santo Oficio ¹¹. Nos trae a la memoria aquellos preladados e inquisidores renacentistas que, como dice Julio Caro Baroja de Fray Antonio de Guevara o del gran inquisidor Manrique, arzobispo de Sevilla y distinguido erasmista, «podían alternar la sonrisa y la burla con el terror y la represión» ¹².

Distinta se nos presenta la figura de Torquemada, cuya siniestra reputación es bien famosa ¹³. En él está encarnado el fanatismo y la intransigencia religiosa. Inflexible y contumaz, es impenetrable a la razón y al sentimiento. Es inhumano en el sentido más repulsivo de la palabra. No goza del maravilloso don de la duda fecunda, precursora

brujería y criptojudaismo, Ariel, 2.ª edición, 1972, pág. 65: «... (esta acusación de injuria a un crucifijo) era gravísima». Recordemos nosotros que cuando Voltaire hizo construir una iglesia en Ferney, por tener que desplazar una antigua cruz situada en el terreno en que iba a levantarse la nueva iglesia, fue acusado de sacrilego. Si se le hubiese aplicado la ley antigua, como todavía se solía hacer algunas veces, le hubieran cortado la lengua y las manos. (Vid. JEAN ORIEUX: *Voltaire ou la Royauté de l'esprit*, Flammarion, éd. 1966, pág. 551.)

¹⁰ El «In Pace» designa un calabozo subterráneo de un convento o de una institución religiosa, destinado al encierro, hasta que muera, de un religioso considerado culpable.

Víctor Hugo lo describe así: «On pousse l'homme ici marche à marche, il descend, et quand il est au fond, on lui met cette pierre sur la tête, et la nuit lui remplit la paupière à jamais, et les bois, les hommes, l'eau, le vent, le ciel, son au-dessus de cette ombre. Et vivant...». (Primera parte, acto I, escena II.)

¹¹ Así lo aconseja NICOLÁS EIMERIC en su *Directorio de inquisidores*, obra que se usó como manual práctico durante siglos. Hay edición moderna de la Editorial Fontamara, Barcelona, 1974.

¹² JULIO CARO BAROJA: *El Señor Inquisidor*, pág. 28.

¹³ Torquemada fue aborrecido «hasta el extremo de no tener segura su vida. Para defenderse de los enemigos públicos, le concedieron los reyes Fernando e Isabel que llevara consigo en los viajes cincuenta familiares de la Inquisición a caballo y doscientos de a pie. Para precaverse de los enemigos ocultos tenía en su mesa continuamente un asta de unicornio (?), que decían tener virtud de manifestar e inutilizar la fuerza de los venenos». LLORENTE: *Historia crítica*, pág. 219.

del genio y compañera de la inteligencia. No piensa, no escucha. Está poseído del orgullo ignorante y nefasto de los que se creen poseedores exclusivos de la verdad. Su única misión es «depurar», y se llama a sí mismo «Liberación»¹⁴. Avanza implacable, sembrando el terror, como elegido de Dios.

Como muchos anticlericales, Víctor Hugo ha querido demostrar que es consciente de que todos los religiosos no son iguales. Por afán de objetividad y deseoso al mismo tiempo de establecer un contraste entre la mentalidad de Torquemada y lo que es su polo opuesto, ha presentado a tres representantes de tres actitudes religiosas distintas. Lo ha hecho en el segundo acto, que lleva por título *Los tres sacerdotes*. En realidad, más que un acto —la acción es nula— se trata de un cuadro en el que aparecen el ermitaño San Francisco de Paula, el Papa Alejandro VI y Torquemada. El diálogo entre éste y San Francisco es esclarecedor. A la convicción de Torquemada de ser un enviado de Dios para salvar al mundo por el fuego, responde el convencimiento del santo de que el hombre está en la Tierra para amar; horrorizado ante los proyectos de Torquemada, decidirá rezar para que Dios fulmine a tan sangriento salvador. No falta la crítica de la salvación individual: «No te salvas más que a ti... El hombre está en peligro... Tu ley es la luz; la mía, el misterio. Sólo eres la esperanza, y yo soy la salvación. Yo ayudo a Dios», dice Torquemada. Y cuando surja el tercer personaje, se reirá de los dos, pondrá en duda la existencia de Dios y se burlará de su obra: «Dios, si existe, se calla; al hacer al hombre ha hecho una obra maestra estúpida... Mi objetivo es gozar». El final de este cuadro, aunque referido al Papa Borgia, trasluce un alcance un tanto actual dada la actitud de Pío IX: «¿Qué bandido es éste?», pregunta San Francisco. «Padre mío, es el Papa», responde Torquemada¹⁵.

Como es fácil de ver ninguno de estos personajes encarna ningún ideal humano, ni siquiera el santo, cuya postura antisocial está en desacuerdo con la actitud de Víctor Hugo, «comprometido» siempre a favor de lo que en cada momento creyó justo.

Incluso Torquemada, sangriento asesino por piedad, es presentado como fruto de una perversión mental, en cierto modo como un loco que basa su autoridad en el terror y la superstición. En cuanto al Papa representa el desenfreno y el vicio del que, según Víctor Hugo, no tiene fe.

Víctor Hugo, ya lo hemos dicho, fue sincero creyente que rechazó siempre y especialmente en la hora de la muerte los ritos de todas las iglesias¹⁶. Tampoco fue propiamente deísta. Como tantos otros anticlericales fue un creyente en franca oposición con la Iglesia católica y con nostalgia de lo que viene llamando «el evangelio» y el «espíritu cristiano». La figura del librepensador consciente, sincero y hombre de honor no aparece en su obra. Así que no era propósito de Víctor Hugo

¹⁴ «Brûler, c'est épurer» (primera parte, acto I, escena VII) y «Mon nom est Déliverance» (segunda parte, acto III, escena IV).

¹⁵ «... tu ne sauves que toi..., et l'homme est en danger..., ta loi c'est la clarté; ma loi, c'est le mystère. / Tu n'es que l'espérance et je suis le salut. / J'aide Dieu. (...) Dieu s'il existe, il se tait / certes, en faisant l'homme, a fait un sot chef-d'oeuvre. (Pour moi) jouir c'est vivre. (...) Qu'est-ce que ce bandit? Mon père, c'est le pape.» (Final del acto segundo de la primera parte.)

¹⁶ «Je donne cinquante mille francs aux pauvres. Je désire être porté au cimetière dans leur corbillard, je refuse l'oraison de toutes les églises. Je demande une prière à toutes les âmes. Je crois en Dieu.»

atacar la creencia. Todo lo contrario. Toda su producción, sin exceptuar *Torquemada*, abunda en referencias de la más respetuosa espiritualidad ¹⁷. De ahí su irritación contra lo que, para él, era traición a los más caritativos preceptos. Quién sabe si *Torquemada* fue concebida como revulsivo que hiciera cambiar de rumbo a las jerarquías eclesásticas. Si así fue, bien ingenua y vana resultó su esperanza. *Torquemada* fue acogida por los bien-pensantes no con sumiso ni arrepentido «espíritu cristiano», sino con odio teológico. Bastará, para probarlo, recordar las palabras de Luis Veuillot, que definió «*Torquemada*, una de las acciones más innobles y más fructíferas de esa carrera de apóstata» ¹⁸.

Ya hemos dicho que no fue nunca representada ¹⁹. Sobre ella ha caído la maldición del silencio. Del «secreto inquisitorial» que es causa de la ignorancia en que estamos acerca de uno de los aspectos más interesantes para la comprensión de nuestro pasado, permanece el espíritu y ese espíritu ha envuelto en su red sutil e impenetrable esta obra, esa «piadosa crueldad» como llamó Maquiavelo a la Inquisición ²⁰.

Torquemada es un escalofriante documento basado en lo que ha sido en gran parte nuestra Historia. Es obra meticulosa, cuidadosamente meditada, en la que Víctor Hugo ha conseguido ese tan difícil equilibrio entre la denuncia apasionada y la objetividad erudita. En aras de la libertad de pensamiento ha vertido en ella lo mejor de su genio y de su sensibilidad.

Así pues, en estas tres obras de inspiración española —manifestación de la perennidad entrañable de un recuerdo— Víctor Hugo ha difundido tres de sus anhelos más profundos: enaltecer la lealtad por encima de todo, denunciar la injusticia social y emprender el combate contra el peor de los poderes absolutos, el que se adueña de la conciencia y la aniquila, el fanatismo.

OTILIA LÓPEZ FANEGO
Rosario Pino, 8, 11.º A
28020 MADRID

¹⁷ HENRI GUILLEMIN: *Víctor Hugo par lui-même*, Ed. du Seuil, 1951, págs. 71-72, opina que «existen los que creen en realidades intemporales, no probadas, y que consideran, no obstante, como superiores y a las que hay que someterse. Hugo es uno de esos ingenuos. (...) Ha apostado por la hipótesis contra los hechos. (...) Dicho de otro modo, ha elegido la hipótesis Dios». Víctor Hugo es, ante todo, un sentimental, un idealista que *desea creer*. En mentes como la suya no suele hacer mella la disconformidad con la acción de la Iglesia. Ya ha sido bien demostrado que lo que más perjudica a la fe es la ciencia. A. ADAM, en *Le mouvement philosophique dans la première moitié du XVIII^e siècle*, París, 1967, Société d'édition d'enseignement supérieur, ya dice que «la aplicación de los métodos de la crítica histórica es lo que más ha contribuido a debilitar las antiguas creencias». Y ERNESTO RENAN, en sus *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, Nelson, Calman-Lévy, París, 1934, pág. 187, explica que no destruyeron su fe «ni la escolástica ni la filosofía, sino solamente la crítica histórica».

¹⁸ Citado por HENRI GUILLEMIN, *Op. cit.*, pág. 84.

¹⁹ El teatro es peligroso. La crítica anti-Iglesia asusta siempre. También hoy en día lo es el cine. Recuérdese que en 1966, siendo André Malraux, ministro de Cultura, se prohibió en Francia la película basada en la novela *La religiosa*, de DIDEROT.

²⁰ Sobre lo que ha representado el «secreto inquisitorial» hay abundantes páginas en la obra de LLORENTE: *Historia crítica*. Por su parte, JULIO CARO BAROJA, *El Señor Inquisidor*, pág. 41, advierte: «lo que quiero es resaltar cómo el secreto con que los inquisidores llevaban a cabo sus tareas hizo que en algunas ocasiones su actuación quedara sin eco durante siglos».